

### RESUMEN:

La Sociedad del Carbón es el título de un proyecto basado en dibujos al carboncillo elaborados a cuatro manos llevado a cabo por Fernando Ventura (Madrid, 1968; artista autodidacta) y Jaime Vallaure (Asturias, 1965; artista conceptual) durante todo el año 2012. El resultado del mismo ha estado expuesto en la Galería La Caja Negra de Madrid del 25 de mayo al 25 de julio de 2013. El artículo da cuenta de la experiencia de este proyecto creativo y experimental.

**PALABRAS CLAVE:** Acción experimental colaborativa, Dibujo a carbón, retrato.

### ABSTRACT:

The “Sociedad del Carbón” (The Charcoal Society) is the title of a charcoal drawing artistic project performed by Fernando Ventura (Madrid, Spain, 1968, self-thought artists) and Jaime Vallaure (Asturias, Spain, 1965; conceptual artista) over the year 2012. The results of this collaboration have been exhibited in La Caja Negra Gallery in Madrid from 25th of May to 25 of July 2013. This paper reports on this experimental and creative project.

**KEYWORDS:** Experimental collaborative action, charcoal drawing, portrait,

0

Son dos.

Se supone que están subidos a un andamio. Se supone que están enluciendo un muro que han levantado hace unos días. Se supone que la superficie tiene que quedar perfectamente lisa, sin marcas, tampoco protuberancias. Se supone que cuando acaben esta tarea comenzarán de nuevo en otra parte de la obra, aún no saben cual. Levantan muros que permiten separar el interior del exterior, paredes que marcan la diferencia entre lo que se queda dentro y lo que está fuera. Límites, barreras físicas que modelan el espacio, que compartimentan el mundo y lo hacen, supuestamente, habitable. Esta habitabilidad hace posible que otros entiendan lo que están haciendo, aunque sea rudimentario.

No se quedan a vivir en los espacios que construyen. Son para otros.

Tampoco viven juntos en ninguna otra parte.

Viven separados, en ecosistemas diferentes. Sin conexión.

Uno de ellos ha levantado su tienda en el borde de un volcán. Un volcán activo. A veces llueve fuego y la tienda se abrasa, se destruye. Lleva un tiempo volver a poner en pie otra. Esta operación es la que otorga intensidad, en ocasiones sentido, a la existencia. Es la lucha por la vida en estado primigenio. El volcán puede apagarse sin previo aviso. Entonces el tedio y la abulia lo invaden todo. La indiferencia acampa a sus anchas, el devenir deja de vibrar. El tiempo se vuelve una losa. La existencia se obstruye.

El otro lleva tiempo instalado en un campo. La superficie es grande, no se abarca con la mirada. Se dedica a replantar. A veces lo hace de manera consciente, otras por inercia. Disfruta cuando finalmente consigue interiorizar la forma de cada especie. La ocupación del terreno es desigual. En algunas partes hay muchos árboles juntos, casi tocándose, robándose el agua subterránea sin remordimiento. En otras partes del terreno no hay nada, solo piedras y tierra seca. Puede suceder que los árboles nazcan de manera arbitraria, sin que su intervención tenga nada que ver. Son los espontáneos, los más fuertes, los destinados a vivir más. Algunos de los plantados a voluntad no consiguen hacerse adultos.

Al terminar, sobre los muros construidos hacen marcas. Se hacen con una herramienta que está en la frontera entre materia y antimateria. A veces tiene aspecto de palo, otras de piedra, en parte consumida a la espera de aniquilarse.

Son marcas de carbón. Marcas, en realidad gestos, que responden a un instinto que viene de muy atrás, de otra época. La necesidad de dejar una huella, un aviso. Una especie de advertencia. Una indicación de que algo ha tenido lugar. La constatación de un encuentro, en ocasiones una colisión.

Una señal. Así de simple.



1

Es una asociación formada por dos entidades.

El punto de partida es entender que hay seres que tienen mayor facilidad para ver lo que pasa por fuera y otros para adivinar lo que se cuece por dentro.

Los que miran hacia afuera están fascinados por la forma, esa capacidad de la materia de tener límites. Se presupone que los contornos son más o menos estables. Sin embargo, esa característica es de lo más endeble. Más se observa la materia y más capacidad tiene esta de confundirse consigo misma en un *totum revolutum* donde ya no hay objetos y seres vivientes sino más bien un *continuum* que forma parte de un todo, como una cuerda que se extiende metros y metros en una línea sin principio ni fin. La clave está en saber por dónde cortarla.

Los que miran hacia adentro tienen el comportamiento de los alucinados. Descubren más allá de lo visible toneladas de realidad escondida. Asociaciones que al recibir la luz se colapsan pero que en su seno se disparan como un sol. Emiten por igual en todas direcciones. El interior es un magma. Ebulle. Chapotea. Es una materia informe que tan pronto parece una cosa como su contraria. En realidad el interior es un estado gaseoso y de ahí que no resulte nada extraño que el alma tenga para muchos esa materialidad difusa, indefinida, etérea, evanescente que la hace tan misteriosa. Las cosas y los seres llenos de gas por dentro. Gas que se condensa, gas que se expande.

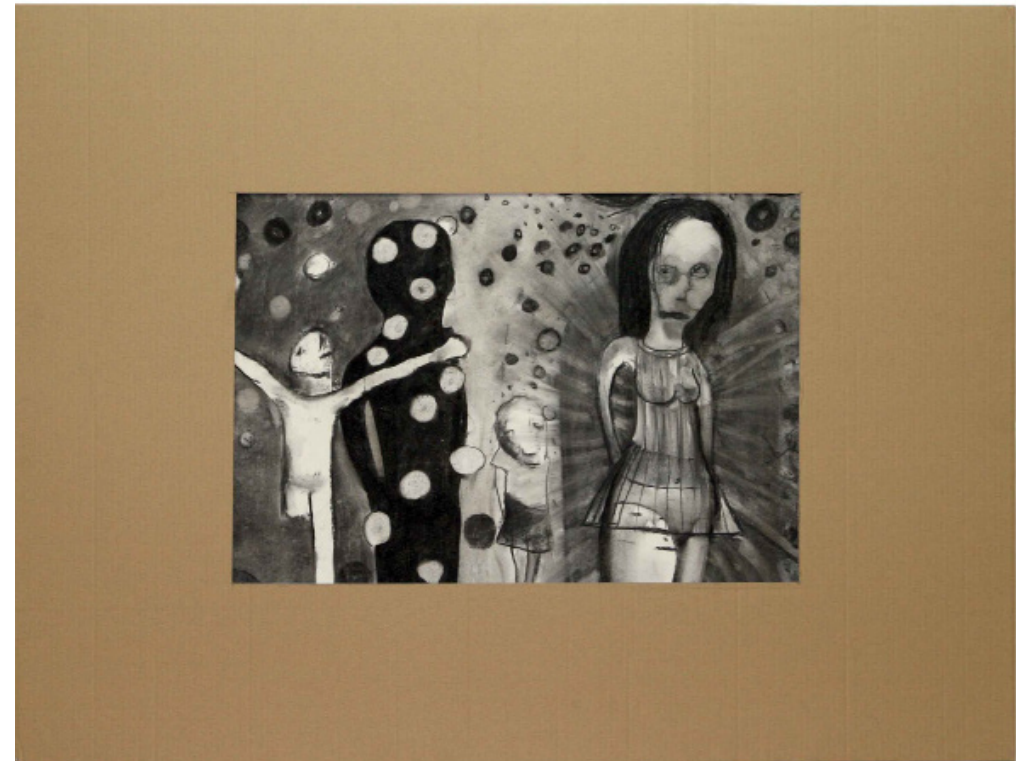
2

El eje central es la colaboración.

Hacer salir el gas fuera de los cuerpos y conseguir condensarlo por unos instantes. Tarea de dos, inabarcable para uno.

Interesa remarcar que en determinados campos de la creatividad humana la colaboración se hace imprescindible, totalmente necesaria. También que en otros parece excluyente. Es la distancia que separa el imaginario social entre lo que se llama música y lo que se entiende por artes plásticas. Mientras que la música parece invitar por su propia esencia a todo ser cercano, el territorio plástico elude

inicialmente cualquier intento de intervención al igual que el aceite se separa silenciosamente del agua. Inclusión/exclusión. Dos líneas de fuerza opuestas que dibujan direcciones contrarias. Sin embargo, estos vectores son intercambiables, el secreto es encontrar el procedimiento que lo haga factible.



No deja de sorprender como una actividad humana tan naturalmente colectiva como la música contenga en su esencia un momento extremadamente íntimo, personal, intransferible: la composición. Momento mágico donde el sonido solo existe en el cerebro y toda la operación se torna concepto puro. El espacio donde la música y la matemática se dan la mano y bailan al son que las neuronas destilan en su coqueteo eléctrico. Es también el lugar donde el signo numérico se convierte en marca y la marca en línea dibujada. Marca, dibujo, signo, número y letra. Todo lo mismo.

El trabajo colaborativo consiste en engrasar la reversibilidad de lo individual a lo colectivo y viceversa. Transmutar los territorios desbrozando los senderos. Concebir la plástica musicalmente.

3

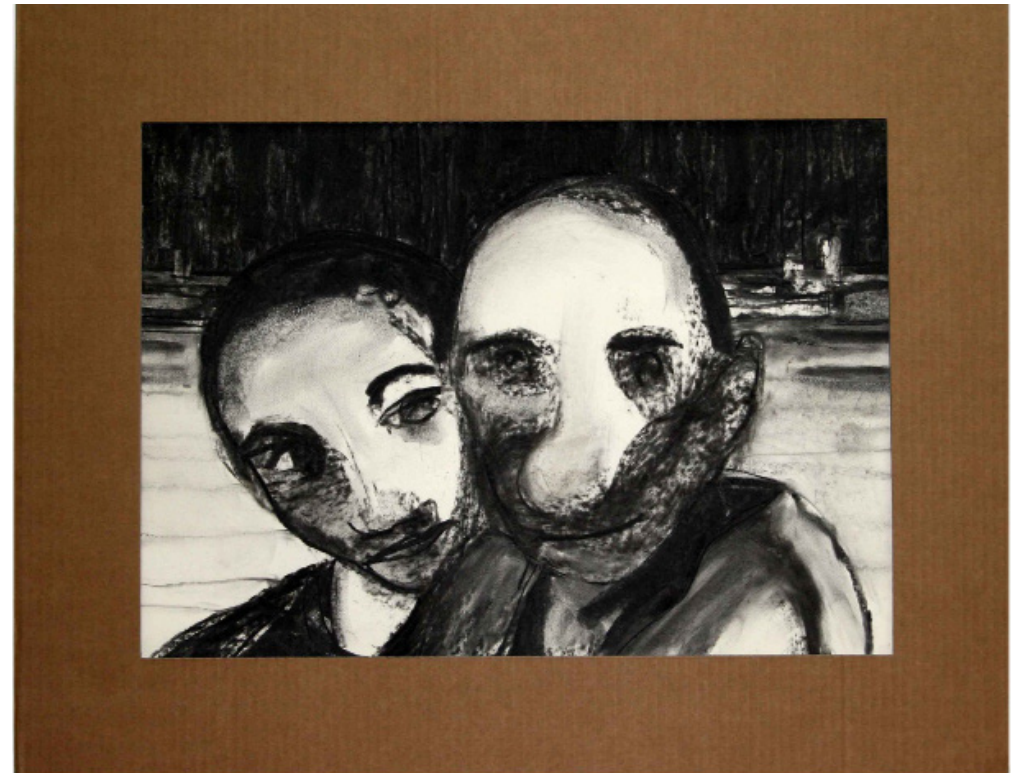
Los dos socios deciden relacionarse a través del dibujo.

El dibujo funciona como una carta donde se comenta una primera impresión, normalmente instantánea, poco elaborada, de lo que hay delante. Se escriben varias a la vez, indistintamente cada uno, como quien toma notas a toda prisa al pie de un suceso. A la manera de vasos comunicantes los papeles ponen en funcionamiento un flujo de información que sirve de detonante para arrancar segundas y terceras impresiones, supuestamente más sabias por reflexivas. Son comentarios sobre otras personas. Al principio rostros cercanos, muy próximos, más tarde escenas dispares. Concentrarse en otros permite tener un asidero firme, un lugar desde donde tejer sin perder el rumbo, un territorio de intercambio, en última instancia de transferencia. Soportar la intensidad del trabajo por medio de un tercero ausente al que se invoca como escudo.

Primero se dibuja con la cabeza. Luego viene la mano.

Dibujar es conceptualizar. Ese es el comienzo. Más o menos consciente. Normalmente no es así. Dibujar suele ser una operación automática, pero de un automatismo limitado por la escasez de recursos que tienen los dedos. El agotamiento enseguida llega. Es inevitable. Es como si un mago confiara totalmente su arte a la habilidad de sus manos, sin pensar previamente en el truco. Primero el truco, el engaño, el concepto. Luego la mano, el dedo, la maestría. Ese es el orden.

En esta Sociedad Carbonífera, conscientemente, se intenta explorar el potencial de posibilidades soportando el máximo de tensión interna. Es una relación en presente continuo, con un futuro en suspenso por la incertidumbre del devenir. Un permanente no saber sobre el mañana. Y sin embargo, seguir adelante.



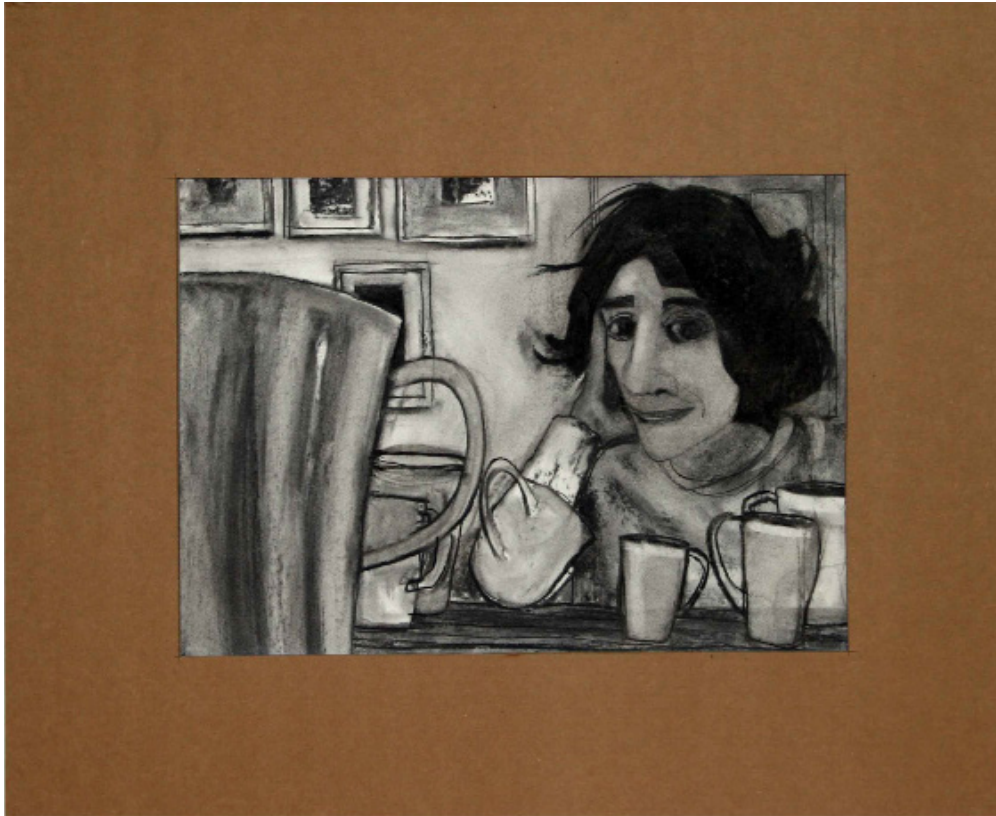
4

Se trata de dos individuos socialmente considerados artistas.

Sus carreras son muy diferentes. Uno se asemeja a un corredor de fondo, un maratoniano de ritmo estable, convencido de que la clave está en la resistencia. El otro, por el momento, es un velocista, alguien capaz de levantar el viento a su paso. Esa capacidad genera asombro.

No se conocen desde hace mucho, aunque tiene poca importancia ya que el tiempo en su caso no funciona por acumulación de minutos. Se conocen lo suficiente.

Uno de ellos se califica como conceptual, el otro está definido como autodidacta. Lo conceptual hace referencia a priorizar lo mental sobre lo manual.



A pensar antes de hacer. Lo autodidacta a la capacidad de aprender por uno mismo sin tener prácticamente modelos en los que apoyarse. En realidad son términos intercambiables. Se trata de una broma curricular sostienen, un juego que permita presentar de igual a igual dos trayectorias descompensadas. Aprender a desaprender. A veces, inesperadamente, el autodidacta se torna conceptual y desarrolla una estrategia de desajuste que hace por momentos tambalearse los cimientos. De esa unión se despliega un territorio imposible donde, por ejemplo, fondo y forma invierten momentáneamente sus funciones. También puede suceder que el conceptual se convierta en autodidacta y sumerja las narices en la hoja a la espera que el olor a cola orgánica lo impregne todo y desde ahí se disparen las conexiones automáticas.

Estos dos artistas se unen momentáneamente asociándose en torno a un polvo negro que tiene la virtud de manchar instantáneamente la superficie blanca. Ambos son rápidos en sus ejecuciones. Determinantes. Pueden poner o quitar a su antojo. Pueden manosear, emborronar, oscurecer, contornear, delimitar, difuminar, eliminar, frotar, atenuar, soplar, fijar. Son operaciones que se hacen por turnos, en un orden no escrito marcado por el estímulo de lo visible. Uno de ellos puede en una sesión hacer mucho y el otro apenas unos trazos. O viceversa. Da igual. Lo intervenido no se puede medir en gramos superpuestos. Puede suceder, de hecho sucede, que todo lo hecho por una mano se ve transfigurado por el trazo final, instantáneo y categórico, de otra. Lo extraño aquí es que las manos pertenecen a cuerpos diferentes. A cabezas distintas. Dibujar a cuatro manos dicen, usando la manera de los intérpretes con dos pianos. Y aunque parezca que se dibuja solo con la derecha, ambos son diestros, la izquierda sustenta, sostiene, agarra con firmeza la superficie, del papel y también del muro, permitiendo un anclaje sólido. Dibujar a cuatro manos y dos cabezas y que el resultado sea una unidad, una entidad que son dos en uno.

5

Los dos están de acuerdo. Momentáneamente.

Tienen esta premisa: resituar el margen en el centro y ver qué pasa.

Reconsiderar lo marginal, y por tanto lo marginado. Repensar el centro desde el margen.

Suele suceder, sucede, que se enjuicia lo producido desde el margen no como un logro en sí mismo sino como el resultado de un proceso fruto del trabajo en los extremos. Es decir, las cosas no tienen valor por lo que son sino por donde se producen. La misma cosa hecha desde posiciones diferentes plantea valoraciones distintas. Es una obviedad pero el sentido crítico no suele tenerlo en cuenta. Es más, suele obviarlo y dejarse engañar. Igual de dañino resulta pensar que todo lo que se produce en el centro es desdeñable como decir que todo lo que se produce en los extremos es sublime. Hay que afinar más la mirada, el oído, el olfato. No dejarse seducir por la primera impresión.



Lo que esta Sociedad del Carbón pone en juego es un viaje del extremo al centro y viceversa. Un recorrido por un sendero inexistente desbrozado paso a paso. Un desplazamiento pendular de ida y vuelta, activo, vivo, caliente. El resultado son marcas en papel como si fueran en realidad mapas para orientarse, hechos sobre la marcha directamente en el terreno. Cartografías de seres humanos que sirven como brújulas para soportarse relacionamente. Manchas que pueden leerse como luces en la noche.

Intentar dibujar como si no se hubiera hecho nunca. Coger un carbón como si fuera la primera vez. Hacer una línea sobre una superficie plana y sentir la emoción fulminante del trazo fundador, el que nos separó hace miles de años para bien y para mal del resto de las especies vivas. La línea como representación máxima de la consciencia. La mancha como huella absoluta del instinto.